

Enrique Llamas

LOS CAÍN



AdN > Alianza de Novelas

Enrique Llamas

Los Caín

PRIMERA PARTE

Avanzan de dos en fondo

Preparativos de viaje

SEGUNDA PARTE

Un desierto arado

Como un día de nieve

Una casa con doble

La mujer pelirroja

Juegos de infantería

Instinto animal

El alma dormida

Ocupar un espacio

Lo excepcional

Ausencia de árbitro

La llegada del interlocutor

Corazón

Fin de la conversación

TERCERA PARTE

Un viaje de vuelta

La muerte de Abel

Ni siquiera el polvo

AGRADECIMIENTOS

Datos del libro

©2018, Llamas, Enrique

©2018, Alianza Editorial

Colección: AdN Alianza de Novelas

ISBN: 9788491810919

Generado con: QualityEbook v0.86

A mi padre que, sin saberlo,
me contó esta historia
A mi madre por ser la mía
A ambos, por el aliento

—¿Por qué hace esto, agente Cooper?
—Porque hay que hacer algo por los lugares en los que el
ámbar todavía significa frenar y no acelerar.

DAVID LYNCH,
Twin Peaks

Dani enarcó las cejas espesas y ladeó ligeramente la cabeza.
El tono de voz de Víctor era excitado y dolorido:
—Él también odia, ¿sabes? —dijo pausadamente—: Odia
como nosotros.

MIGUEL DELIBES,
El disputado voto del señor Cayo

Y señaló un boceto que representaba a un hombre musculoso y desproporcionado apoyando la planta del pie en el pecho de un mono muerto.
—¿Sabes cómo se titula?

—No.
—Caín.

ANA MARÍA MATUTE,
Los Abel

Los hechos registrados en esta novela tuvieron lugar en Castilla a principios de los años setenta. Que los crea quien lo tenga a bien.

PRIMERA PARTE

Versos sueltos

Avanzan de dos en fondo

Nadie supo nunca que aquella primera noche la tumba de Arcadio Cuervo quedó mal cerrada. Y nadie, ni siquiera sus hijas, supo que siempre habría de estarlo porque en la tarde del entierro ya anochecía, y la cerraron de prisa y a ciegas. No sirvió de nada que al día siguiente, cuando la mañana apenas clareaba, la persona encargada intentase sellarla con la tranquilidad de quien sabe que, entre los vivos, los muertos solo dejan herencias.

El entierro de Cuervo fue uno de los muchos al que la mitad del pueblo acudió solamente en cuerpo. No había viuda, y sus hijas adolescentes se hicieron cargo de todas las premuras con las que dieron tierra al padre. El funeral por el alma de Arcadio escribió lo que a partir de ese momento empezarían a ser las costumbres de los vecinos durante los días de luto.

Fue Josefina, la mayor, quien instauró las pautas de aquellas situaciones en el nuevo Somino. La primera en sufrirlas fue su hermana Elvira. Tras ellos, todo el pueblo las asumió con la inflexibilidad que imponen algunas leyes.

A las niñas, aun cuando estaban ya canosas, el pueblo las trató con la compasión de quien no quiere imaginarse sin padres, unos sentimientos que dejaron en ellas la sensación de que siempre las mirarían como se mira a los desamparados. Unas hijas en eterno abandono porque la madre había muerto en el parto de la pequeña, y funeral y bautizo se celebraron en días consecutivos.

El recuerdo que tendrían de ella quedó enmarcado en la fotografía del bautizo de Josefina. Era lo que se decía en el pueblo una mujer guapa, con los labios pintados y el cuello inclinado como hacían las artistas de cine. Miraba —debilísima y feliz— a la cámara mientras sostenía en brazos a un

bebé recién nacido. En la imagen aparecía sentada en el salón de su casa, el pelo cuidadosamente ondulado caía sobre sus hombros. Venía de una ciudad del norte. De niña, Elvira observaba la fotografía apoyando sus manos en la encimera del aparador. Fijaba sus ojos en los de su madre —que en el blanco y negro intuía de un color tan parecido—, en el peinado que nunca nadie le enseñó a conseguir y en el supuesto rojo de los labios que no se atrevería a usar en su vida. Pero, sobre todo, miraba el traje de chaqueta negro sin ser capaz de encontrar la palabra con que decir que era elegante.

Desde que tenía memoria, su padre había dormido sobre un estrecho escaño en una alcoba sin ventana, aunque seguía guardando la ropa en la habitación que había compartido con su mujer. Más de una vez, cuando estaba sola en casa o cuando los demás dormían, entraba silenciosa en la alcoba que había sido conyugal para buscar aquel traje de chaqueta. Elvira respiraba el olor helado que salía del armario cuando lo abría de par en par, como un reducto donde el pasado feliz permanecía escondido, temeroso de ser conquistado definitivamente por otro olor más ácido. El día en que el cuerpo de su padre volvió a tocar la cama de esa habitación, después de varios años, fue aquel en el que ella y su hermana mayor lo colocaron allí para amortajarlo y velarlo.

En pocas ocasiones a lo largo de su vida se atrevió a preguntar en voz alta por su madre: nunca la nombraban. Tenía un miedo enquistado a la altura del hígado. Se negaba el derecho al dolor que suponía el no haberla conocido.

Sin embargo, su lado consciente nunca supo que el vínculo que mantenía con ella era aquel olor que al abrir las puertas del armario le acariciaba la cara con la fuerza de lo que promete no agotarse mientras se mantenga escondido. Era un olor seco que llenaba estómago y pulmones para pasar a la sangre cuanto antes. Se agarraba a su cuerpo de niña. Muchas veces, si Josefina se demoraba en aparecer, después de abrir el armario se dirigía hasta el antiguo tocador que llevaba tantos años sin usarse y se rizaba las pestañas

con el envase metálico de una añeja vaselina que llevaba allí toda la vida.

Pero la tarde en la que murió su padre no se paró Elvira Cuervo a pensar en ese olor, aunque hubo un momento, cuando estaba sola, en el que colocó maquinalmente su mano en el tirador de la puerta del armario. No se atrevió a abrirlo por el pudor que en ese instante le produjo ver por primera vez a sus padres juntos. Cuando la mayor volvió de buscar en la despensa qué ofrecer de comida a los vecinos, con el rosario y el misal en la mano, ella ya estaba sentada en la misma postura en la que su hermana la dejó para irse a la cocina.

Las primeras memorias que tenía de ella eran flores de almendro prematuras, heladas en batalla, tan pequeñas que nadie hubiera podido decir que eran flores.

Elvira Cuervo recordó toda su vida el patio del colegio. Aquellos días en que una amiga se acercó a preguntarle, llevando en los ojos el brillo característico del miedo y la pena que dan los monstruos no culpables de serlo, si era verdad que su madre había muerto porque ella naciera. Al fondo del patio la peor de las crueldades: la infantil. También recordaría siempre gestos de desdén cuando su hermana le pasaba los platos enjabonados para que ella los aclarara y secara a la hora de hacer la vajilla, o cuando le tocaba ir a lavar ropa al arroyo.

Recordaba que Josefina no le dirigía la palabra cada trece de junio al salir de la misa de cabo de año, o cómo miraba a otro lado ese mismo día, a la hora de la comida, cuando su padre le daba el regalo de cumpleaños de parte de toda la familia: una comba, una peonza, una horquilla para el pelo. Recibía el regalo con un sentimiento de culpa que le hacía morderse la lengua, que le impedía sonreír con la normalidad con la que un niño sonríe el día de su santo, como todo el mundo llamaba al día de su cumpleaños.

Recordaba, sobre todo, aquellas miradas que solo tenían como objeto que Elvira las notara. Eran aleatorias, sin fecha ni hora ni comportamiento previo que las anticipara. Y eran tantas y tan de verdad que aprendió a temerlas en todo

momento. Empezaban siempre de espaldas para acabar de frente; miradas torcidas, sin un quiebro. Llegaban sin aviso durante las cenas, en las calles cuando caminaba detrás de ella sin que lo supiera, las mañanas de Reyes en que la niña todavía creía en Oriente. Hasta que Josefina se ocupó de que dejara de hacerlo.

Josefina la había tratado siempre con la displicencia de quienes hacen culpable a otro sin razón.

Nunca nadie en Somino, ni siquiera Arcadio Cuervo, hubiera dicho que sus hijas tenían entre ellas las peleas propias de las niñas de su edad porque no las tenían. Nunca nadie hubiera dicho que cuando no había más ojos delante, la mayor sacaba a pasear el fantasma encadenado de su madre para culpar del peso de los eslabones a la pequeña. Esto último Elvira jamás lo mencionó, nunca se atrevió a decírselo a sí misma. Los que creen ser parte culpable en un crimen dudan siempre si entregarse a la justicia.

Por eso mismo, la niña temía ya siempre las miradas de verdugo cuando se quedaban a solas o nadie las veía. Cada vez se espaciaban más porque ya no eran necesarias; habían cumplido su cometido: que las esperase siempre. Y por eso también recordaba otros momentos que sobresalían en la corriente, pescozones que no dejaban dormir.

Recordaba una mañana pálida, ayudando a quitar la nata de la leche, y la voz aún infantil de Josefina a su lado:

—... como mamá murió porque tú nacistes...

Y no recordaba más. Ni el comienzo de aquella frase ni su final, ni por qué salió por su boca. No recordaba si era invierno o verano u otoño, si iban a las escuelas o si estaban de vacaciones. Solo recordaba la luz amarillenta que tiene el papel viejo de periódico y que parecía salir de las paredes, el mármol blanco y frío de la encimera de la cocina, la presión exacta y cada vez mayor que soportaba su muñeca aguantando el colador en el que iba quedando atrapada la nata. Y aquella mirada.

La misma mirada que volvía en las noches de tormenta, cuando los plomos saltaban, mientras escuchaban en la ra-

dio Matilde, Perico y Periquín y Josefina acallaba los sollozos de su hermana:

—Si estuviera mamá, ella encendería el quinqué..., pero como murió porque nacistes tú...

Muchas veces, cuando Elvira empezaba a notar esos ojos a su espalda, iba a buscar a su padre a las tierras. Para llegar bordeaba una buchina enorme que los del pueblo habían construido en la parte trasera de su casa.

—Pero niña, qué haces aquí.

Ella callaba siempre, y fue ese silencio hacia los demás el que, por su tenacidad, acabó extendiéndose a sí misma, anegándolo todo como una mancha de óxido, llegando a prohibirle, en las cercanías de la edad adulta, incluso recrearse en la foto del aparador en la que todo era latente aún: la muerte de su madre, la amargura del padre y su dedicación a las hijas, el escaño bajo y oscuro, la cama matrimonial abandonada, el aire tibio de cada san Antonio. Latente ella, que no había nacido aún, y lactante Josefina, sin dientes, calva, con la lengua de trapo, totalmente dormida y ciega todavía. Esa recién nacida que no hablaba ni miraba y que no sabía de su orfandad perenne y luego ya completa. Latente, sin ser como ella la conocía, sin el mínimo atisbo de que su hermana fuera a manifestarse como llegó a ser. Una imagen de un tiempo que murió en el momento en el que ella nacía y que su silencio le había impedido visitar siquiera mirando una fotografía.

Nada tenía que ver aquel bebé lejano con la Josefina quinceañera que tiñó y puso a secar ropas negras, una Josefina a la que le acababan de segar la juventud de antemano, pero no el bozo que se perpetuaría ya para siempre sobre el labio superior de su rostro y que dictó los códigos del luto al resto de vecinas.

Fue un accidente nefasto el que puso contra las cuerdas por primera vez a Somino y también el que causó la muerte a Arcadio Cuervo; su hija Josefina decidió que la primera en saberlo y ayudarla con los preparativos del sepelio sería su hermana Elvira.

A la mañana siguiente, con las ropas teñidas de negro y tras haber aguada el vino, sacado unos turrónes duros de la Navidad pasada o de la anterior y hacer todo el café que le fue posible, mandó a la niña a avisar al cura.

Los del Llano acudieron inmediatamente a la casa de los Cuervo. Los del Teso no llegaron hasta la incómoda hora de la siesta, muy ufanos ellos de tener razón respecto a lo que había ocurrido. A todos les sorprendió la velocidad del luto opaco, tieso y con nombre propio que tan rápido había bajado hasta esa casa. Era una niebla que caló en los cristales, en los quicios de las puertas, en las paredes, que las amarilleó como el tabaco para, de algún modo, no irse nunca. Don Dámaso, el párroco, preguntó nada más llegar si se había avisado a un forense, a un juez, a un médico o a algún tipo de fuerza viva del lugar que determinase la causa de la muerte.

—Mi padre está muerto y punto.

Fue entonces cuando alguien, cuya identidad el resto del pueblo tardó poco en conocer, avisó a la Guardia Civil desde Villabriz. En Somino no había teléfono, aunque pronto decidieron las Cuervo montar en su salón una cabina para ganarse la vida.

De esta forma llegaron Curro y Palomo por primera vez a Somino, aunque todavía no habían recibido esos motes. Tampoco sospecharon que acabarían conociendo las calles de ese pueblo tanto como desconocerían el interior de sus casas. Aquella primera ocasión no les temieron los del Llano, ninguno excepto Josefina, y los del Teso pensaron que a lo mejor caía alguno en chirona. Pero esa fue la primera vez y, por lo tanto, transcurrió distinta a todas las demás, porque al final todo el mundo en Somino acabó temiendo a aquella figura formada por dos tricornios de sombra alargada. Fueron las cuatro manos de aquellas capas verdes las que manipularon el cuerpo, decidieron que había sido accidente, comprobaron que todo se debió a una piedra secamente ensangrentada que se le había clavado a Arcadio Cuervo mientras caminaba hacia atrás, con la carretilla, en un extraño campo yermo que había cerca de la ca-

sa. Se atribuyeron unos conocimientos médicos tan oxidados como sus uñas largas y amarillas, y que no pensaba ejercer el doctor, quien, a su llegada a la casa, se encerró con los guardias civiles y una botella de vino, dictaminó la muerte por contusión craneoencefálica sin consultar ni el cráneo ni el encéfalo ni la piedra ni la contusión, y recurrió al testimonio de la hija mayor sin fijarse en que los ojos de aquella muchacha a lo mejor se movían demasiado nerviosos. Le hicieron contar cómo fue la caída de su padre y ahí se acabó todo. Nunca se plantearon que quizás ella no había estado presente en el momento del accidente.

Nadie pidió más informes que el de los tricornios y el de ese médico que ya llevaba muchos años postergando su jubilación. Si no hubiese sido así y se hubiera tratado de otro alcalde, otro forense, otro tiempo, otro tipo de autoridad la que hubiera visitado aquellas tierras yermas donde perdió la vida Cuervo, se hubieran dado cuenta de que hasta hacía poco allí pasaban el rato los niños bañándose en una buchina cuya huella aún estaba fresca en la tierra. También de por qué sufría tanto horror aquella Josefina que decía haber visto caer a su padre sobre una piedra.

Ese fue el día en que ya para siempre don Dámaso supo que serían don José Chamorro y don Esteban Pisabarro — el Curro y el Palomo — las dos únicas figuras capaces de seguir infundiendo terror en los habitantes del pueblo, ya dividido para siempre en ese primer funeral de esta definitiva etapa. Daban miedo, pero también cautela, a aquellos parroquianos que mostraron su separación física al sentarse los del Teso en el lado derecho de la iglesia y los del Llano en el lado izquierdo, mirado todo desde el ángulo supervisor e impotente de monigote asustado y quemado por el sol que era el párroco. Un espantapájaros. Se trataba de una división rectilínea, visible incluso para los más ignorantes, capaz de permanecer inmaculada dos décadas más tarde, en el entierro de una joven que no llegaba a los veinte. El funeral de Arcadio Cuervo no se retrasó como lo haría, muchos años después, el de Antonia Lobo, porque en esas circunstancias las huérfanas siempre mandan. A Arcadio le

fueron dadas las preces a las siete de la tarde. Hubo que llevarlo rápido al cementerio porque ya oscurecía, mientras detrás del féretro la hija mayor ordenaba a los que lo cargaban que apretasen el paso.

—Josefina, será mejor hacerlo mañana. Podemos dejar el cuerpo en la iglesia. Si celebramos el funeral vamos a tener que ir a mataballo porque se nos hace de noche. Intenta convencer a tu hermana. Podéis quedaros a velarlo si queréis.

Pero ella fue inflexible ante el cura y, nada más salir por la puerta de su domicilio los dos números de la Guardia Civil y don Pablo Julián, médico forense en su actitud y borracho profesional, le impuso que el funeral durase tres cuartos de hora. Y fue por eso, por falta de luz, por lo que la lápida no se pudo fijar bien, algo que nunca supieron los habitantes de Somino.

—Si no se mueve la lápida, déjala, y si hay que acabar, mañana se acaba a primera hora —ordenó la mayor de las Cuervo deslizando un billete en el bolsillo del enterrador—. No hace falta que se enteren los vecinos, ya se sabe que en los pueblos se habla mucho.

Y así ocurrió que nadie supo nunca que aquella primera noche la tumba de Arcadio Cuervo quedó mal cerrada. Y ni siquiera sus hijas se dieron cuenta de que siempre habría de estarlo porque al día siguiente la chapuza estaba seca y era imposible arreglarla. Tampoco don Dámaso lo supo. Cuando llegó al cementerio para rezar de nuevo ante la tumba parca y también reciente de la niña Esther, el enterrador que había intentado rematar sin éxito la faena ya se había ido. El cura tampoco reconoció, ni a nadie ni a sí mismo, que había sido él quien montó en una bici oxidada para llamar desde la casa de teléfonos de Villabriz a los guardias. Fue él quien marcó y memorizó ya para siempre el número que establecía conexión con la casa-cuartel y con don José Chamorro y don Esteban Pisabarro. Aquella fue la primera vez, y en los siguientes años no dudó en llamarlos cuantas veces hiciera falta, recordando en cada ocasión a las ya huérfanas de teléfonos que era pecado mortal escuchar las

conversaciones de los demás. Después, el párroco llevaba su mano izquierda a aquella distancia que mediaba entre el auricular y su boca, dejando solo al conocimiento de Dios sus anónimas denuncias. Siempre había renegado del cuerpo como renegaría más adelante de aquella pareja de ineptos con oídos rebosantes de cera, pero nunca dudó en volver a llamarlos con culpa porque, amargamente, aprendió que eran ellos la única autoridad capaz de conseguir que el pueblo, que sangraba para siempre su división en dos mitades, estuviera tranquilo. Lo hacía con la pena del domador recién estrenado. Y lo siguió haciendo sin que se le quitara ese tembleque interno al agarrar el látigo, avergonzado ante Dios, anónimo, sin que su mano derecha supiera lo que hacía la izquierda, hasta un día de san Fulgencio en que murió. Entonces las huérfanas de teléfonos entendieron que, con una buena penitencia, se salvarían de la condena por poner la oreja a las llamadas que los demás hacían por el teléfono con el que se ganaban los duros. Y fue la muerte del cura la que acabó de descubrir a los vecinos de Somino de quién era la voz que avisaba a la Guardia Civil, porque tras el deceso las huérfanas poco tardaron en hablar.

No volvieron los guardias tras la muerte de don Dámaso. Y ya eran recordados como una batalla vieja cuando, en aquel mismo lugar, Sofía León consiguió desarrollar un impulso por el que acordarse de regar los geranios del balcón cada día. Sin embargo, aquella mañana en que mediaba septiembre, la misma en la que volvió la Benemérita, se olvidó de hacerlo.

Los geranios eran unas plantas persistentes y tozudas que se negaban a tener en cuenta las inclemencias del tiempo: quizá por eso florecían. Sofía las había puesto allí, de cara a la calle, porque no quería asumir ante los vecinos la derrota que supondría cuidar de cualquier otra planta más exigente. A finales de verano todavía mostraban parte de su color, doblado, eso sí, por las horas de estío. Si aquel día Sofía no se hubiera olvidado completamente de sus plantas, habría dejado a primera hora la puerta del balcón entreabierta,